

Vivir el celibato evangélico en tiempo de crisis

No parece que existan dudas serias sobre el cambio que, respecto a lo sexual, se ha producido. Quizás de manera especial en este ámbito de la experiencia humana se manifiesta la fuerte transformación cultural y ética que ha tenido lugar en bastantes sociedades. Las actitudes que jóvenes y adultos manifiestan en la conducta sexual son muy permisivas. Parece que del rigorismo moral se ha pasado a la permisividad más extrema; de un sentido impositivo y represivo, a una vivencia subjetivista y arbitraria; del "todo pecado", al "todo está permitido".



De forma muy rápida y en un periodo de tiempo breve, se ha llegado a un paralelismo entre la enseñanza del magisterio de la Iglesia sobre las cuestiones sexuales y el comportamiento concreto de los hombres y mujeres, también de los/las creyentes. Sin duda, este desfase y distanciamiento no corresponde sólo al momento presente. Siempre ha existido distancia entre la teoría y la práctica, entre lo ideal y lo real. Sin embargo, en la sociedad actual, esta distancia resulta más evidente, y lo real está cuestionando fuertemente el ideal y la teoría.

Estas dificultades y condicionamiento: inciden e influyen en la vivencia y en la concepción del celibato que, actualmente como expresó el Vaticano II, es considerado por muchos como algo imposible (PO 16). Siguen resultando certeras las palabras que el P. Voillaume dirigía en los años cincuenta a los Pequeños Hermanos de Jesús: "es difícil para un religioso, hoy más que ayer, observar la castidad (...) desde el momento en que debe vivir un compromiso de castidad en un mundo donde nadie reconoce el valor de tal realidad. Entre las personas que nos rodean muy pocas son las que creen que la castidad es posible" (Citado por A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor*, Sociedad Editorial Atenas, Madrid 1996, pp. 137-138)

LA VERDAD DE LA SEXUALIDAD HUMANA

Pero ¿todo son dificultades, ambigüedades y condicionamientos?, ¿todo resulta negativo y perjudicial? Es nuestro objetivo, como apuntaba al principio, analizar el actual contexto sociocultural y referirnos expresamente a las dificultades que conlleva para una vivencia serena y gozosa del celibato. Pero, quizás, el primer fenómeno importante que ha desencadenado y que ha acompañado a lo: cambios producidos en el comportamiento sexual ha sido la reflexión sobre la misma sexualidad humana y sobre lo: fundamentos normativos. No se trata de simples "reformas". En la comprensión de la sexualidad humana nos encontramos con una verdadera "transformación revolucionaria" 'Cf. C. T-1FYWARD, "Nota sobre la fundamentación histórica: más allá del esencialismo sexual", en AA.VV., La sexualidad y lo sagrado, Descibe de Brouwer, Bilbao 1996, p. 50; C. PUERTO, "Las tendencias antropológicas de la sexualidad ante las puertas del nuevo milenio", en AA.VV. Revisión de la comprensión cristiana de la sexualidad, Nueva Utopía, Madrid 1997, pp. 19-64). Frente al tabú o miedos del pasado se ha abierto paso una actitud muy diferente que busca sustituir el temor por la verdad del sexo.

El estudio científico de la sexualidad, especialmente de las Ciencias Humanas, ha disipado muchos prejuicios y concepciones negativas, y ha ayudado a comprender mejor su valor y su riqueza. En la base está la comprensión de la sexualidad en relación a la persona, como parte integrante de la personalidad y del proceso educativo. Como ha expresado P. Ricoeur, la sexualidad descubre el misterio de la persona y, a su vez, la persona manifiesta el misterio de la sexualidad. Y la reflexión sobre la condición sexuada del ser humano revela que la sexualidad es una realidad muy rica y compleja, que no se reduce a la biología sino que impregna, abarca y compromete a todo el ser humano, y, es además, una realidad que participa del mismo dinamismo evolutivo de la persona. Lejos de que dar fijada de una vez para siempre en el individuo, crece y se desarrolla progresivamente acompañando sus etapas evolutivas. A través de la sexualidad la persona se abre al otro, es capaz de relación y comunicación, de amar y de transmitir la vida. La significación integral, la dimensión relacional, comunicativa, amorosa, el carácter evolutivo, junto a la revalorización del cuerpo, el hondo sentido de la igualdad y complementariedad de los sexos una visión positiva del placer, expresar quizás los valores que, de manera especial, destaca la actual cultura sexual.

En relación al celibato, esta nueva cultura aporta aspectos de interés que pueden resultar benéficos para religiosos) religiosas. Cito simplemente algunos que podrían ser objeto de un mayor comentario: la caída de tabúes represivos, la superación de una concepción negativo de la castidad (identificada simplemente como negación, continencia y renuncia) el redescubrimiento del cuerpo, la preocupación por progresar en madurez afectiva, por llegar a relaciones más íntimas a una comunicación más personal, la visión positiva de la amistad y la búsqueda de una mayor expresividad del amor, la ternura y el cariño. Vivir tales valores en la vida celibataria constituye el auténtico desafío del valor de la castidad entendida ya como "la capacidad de orientar el instinto sexual al servicio del amor, de integrarlo y armonizarlo en el desarrollo de la persona" (CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, Orientaciones educativas sobre el amor humano, n. 18)

TIEMPOS DE CRISIS

Para asimilarlos y para vivir gozosamente el celibato en el umbral del siglo XXI, hemos de situarnos

de manera crítica, con una auténtica actitud de discernimiento ante esta época de cambio, de crisis cultural, de inestabilidad económica y de incertidumbre política. Para describir la situación de la sociedad actual los sociólogos hablan de cambio social. Quizás ninguno de los cambios ha sido más decisivo que los que surgieron con la revolución industrial. Es allí, como destaca Moser, donde se encuentra el eje del paso de una sociedad cerrada a una sociedad abierta (A. MOSER, "Sexualidad", en *Mysterium liberationis*, UCA, San Salvador 1993, p. 110). La sociedad industrial, más todavía en su fase postindustrial, deviene una sociedad pluralista, refleja el sistema capitalista-liberal y avanza hacia un secularismo en el que la religión y todo lo que implica y significa queda reducido a un asunto privado. Todo ello se manifiesta y conlleva múltiples implicaciones en el ámbito sexual.

La revolución y liberación sexual ha traído, ante todo, un pluralismo muy grande tanto en la interpretación cultural de lo sexual como en los modelos de comportamiento. Baste pensar en las opiniones que se divulgan sobre las relaciones sexuales entre adolescentes, sobre la homosexualidad o sobre la anticoncepción. Y el pluralismo produce, con frecuencia, perplejidad. No resulta fácil despojarse de las "ideas claras y distintas" del pasado, ni pasar de las certezas a la incertidumbre. Pablo VI, reconociendo el actual pluralismo cultural, afirmaba honestamente que ante tal variedad de situaciones "es difícil pronunciar una palabra única, como también proponer una solución de valor universal" (OA 41). Aun sin referirse estas palabras a cuestiones de sexualidad, son una llamada a escuchar la voz que viene desde la perplejidad, a reconocer el pluralismo, a saber convivir con la incertidumbre y la ambigüedad.



En el marco del pluralismo la visión que prevalece es la que impulsa el neocapitalismo liberal, expresada en la llamada "liberación sexual". Si en sus comienzos pudo significar positivamente una verdadera liberación frente a situaciones represivas, ha terminado por generar una devaluación semejante a los procesos económicos: teniendo cada vez más dinero, se tiene cada vez menos riqueza, o teniendo más placer, no se tiene felicidad (J. I. GONZÁLEZ FADS, *Sexo, verdades y discurso eclesiástico*, Sal Terrae, Santander 1994, pp. 17-19). Además, la devaluación de la sexualidad va acompañada de la devaluación de la verdadera libertad. Desprovista de la responsabilidad, se convierte en arbitrariedad y autoengaño; y en este engranaje fácilmente la sexualidad queda separada de su relación a la persona, cosificada, convertida en un objeto de consumo de masas.

No resulta extraño, en esta visión liberal, la pérdida de la dimensión social de la sexualidad humana. La actual cultura sexual está marcada por el individualismo: "es cosa mía", "en mi vida íntima no tiene que meterse nadie". Para muchos, el individualismo constituye uno de los logros más admirables

de la civilización moderna: garantiza a las personas el derecho a elegir sus propias reglas de vida, a decidir en conciencia las convicciones y valores que desean adoptar, a determinar la configuración de sus vidas desde una amplia variedad de formas. Se defiende la dignidad de la persona y el ejercicio de sus derechos. Sin embargo, al mismo tiempo, el individualismo, al llevar al yo a centrarse en sí mismo, estrecha nuestras vidas, empobrece su sentido y le hace perder el interés por los demás. Pero, sobre todo, tiende a desembocar, como ocurre en el ámbito sexual, en el relativismo, el narcisismo y el permisivismo, elementos propios de la cultura actual.

Finalmente, en esta breve descripción del contexto sociocultural en que vivimos el celibato consagrado, adquiere una relevancia particular el fenómeno del secularismo. Según Pablo VI, constituye "la marca característica" del mundo contemporáneo y representa "una concepción del mundo según la cual este último se explica por sí mismo sin que sea necesario recurrir a Dios" (EN 55). De ello han hablado, por ejemplo, los obispos españoles denunciando en diversas ocasiones la difusión de un modelo cultural laicista: "lo que está en la entraña de nuestra situación actual es la suplantación de una vida humana vivida sólo ante el mundo, el yo y su entorno inmediato, sin horizonte de absoluto ni de

futuro. La difusión de un modelo ateo de vida ha cambiado las actitudes morales de muchos" (6 CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La verdad os hará libres*, Madrid 1990, p. 27; ver también *La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad*, Madrid 2001, p. 16)

El influjo de esta cultura secular y laicista alcanza no solo a los modelos sexuales sociales; repercute también en la vida consagrada, presentando unas dificultades radicales a la vivencia carismática del celibato por el Reino.

DE LA DESHUMANIZACIÓN A LA ANOMIA MORAL

Las nuevas tendencias culturales sobre la sexualidad son herederas del antropocentrismo y de la reivindicación de la libertad que propone la modernidad. Desde este clima cultural, el sexo ha sido reivindicado, exhibido y magnificado. Pero ¿se ha humanizado? Cuando se piensa que "hacer el amor es bueno por sí mismo, y tanto mejor cuantas más veces se haga, de cualquier manera posible o imaginable, entre el mayor número de personas y durante la mayor cantidad de tiempo posible (D. COOPER, *La muerte de la familia*, Ariel, Barcelona 1980, p. 55), la libertad y la sexualidad van perdiendo contenido humano, se devalúan y deshumanizan; pierden su verdadera calidad. P. Ricoeur alertaba en los años sesenta sobre la deshumanización de un sexo genitalizado, vaciado de contenido humano. Se despersonaliza y banaliza el sexo porque se hace insignificante, es decir, pierde el sentido y el mensaje humano del que es portador (P. Ricoeur, "La merveille, l'errante, l'enigme", *Esprit* 11(1960)1665-1676). Hoy, la cultura imperante banaliza la sexualidad humana, uniéndola únicamente al cuerpo y al placer egoísta, interpretándola y viviéndola de una manera reductiva, como un simple producto de consumo, como algo que no tiene otro sentido que el ejercicio placentero y gratificante. Resulta así, que su absolutización y la pretensión de una libertad sin limitaciones, la conducen a una mayor deshumanización (Cf. *Familiaris Consortio* 37; *Pastores dabo vobis* 44).

Por otra parte, desde este clima superficial, despersonalizador y hedonista, se tiende a deslindar la sexualidad de cualquier norma moral objetiva ((Cf. *Vita Consecrata*, 88). Es un hecho que los movimientos de liberación sexual han transformado de arriba abajo la moral sexual tradicional. En realidad, se ha llegado socialmente a la disociación del sexo de la moral, reemplazando el sexo-peca-

do por el sexo-placer. En vez del rostro moral del pasado, el sexo en nuestra sociedad presenta una definición funcional, erótica y psicológica; ya no se debe vigilar, reprimir, sublimar; al contrario, debe expresarse sin limitaciones, frenos ni tabúes. Sobre todo, no hay ya una ética homogénea: "El proceso individualista ha minado el consenso sobre lo digno y lo indigno, lo normal y lo patológico; el absolutismo del bien y del mal ha cedido paso a la indulgencia sexual de las masas" (G. LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Anagrama, Barcelona 1994, p. 61). Por ello, respecto a la sexualidad todas las actitudes parecen tener igual dignidad y validez, todas pueden elegirse, nada debe ser reprimido u obligatorio. Lo que en otro tiempo era una obligación moral, ahora no es más que una posible elección individual. El deber moral queda restringido al deseo de no depender del otro o de protegerse contra los riesgos del sida.

Desde esta perspectiva de anomia moral se tiende a legitimar en los comportamientos cotidianos, la separación entre sexo y amor, amor y fidelidad, sexualidad y procreación; separación que produce múltiples carencias porque el amor y la fidelidad sacralizan la calidad de la vida y lo relacional; expresan no sólo la vocación de la persona, sino también el espacio donde no es manipulada o traicionada.

Finalmente, quiero aludir a un fenómeno generado también por el actual contexto social, y especialmente importante en la vivencia de la castidad consagrada. Tiene sus raíces en el derrumbe de las certezas, en ese difuso nihilismo que proclama la posmodernidad y el llamado "pensamiento débil", en el desencanto y desplome de la esperanza. Junto a algunos efectos frecuentemente señalados, como el oscurecimiento de los grandes valores o la confusión ética, hay otros en los que apenas se fija la atención, como, por ejemplo, la banalización de la belleza o la crisis del sentido estético. Que la belleza está lejos de la cultura actual y del saber tecnológico fragmentado, que el valor estético se encuentra indefenso y que corre el riesgo de perder su valor espiritual y su vinculación al bien y a la verdad, es algo que hoy se viene manifestando desde distintos frentes.

Cencini asegura que, en nuestra sociedad, está en crisis en el mismo célibe la unión entre belleza y celibato, está en crisis la certeza y la convicción experimentada de que entregarse a Dios en la virginidad no solamente es santo y funcional en la realización del ministerio, sino también "bello". Por ello disminuye progresivamente el valor y el deseo de buscar la plenitud y el gusto por la vida como centro de la propia experiencia celibataria.

Vivir la virginidad sin relación a la belleza, sería deformarla y traicionarla (12 Cf. A. CENCINI, o. c., pp. 152-158). Sería como vivirla simplemente como una obligación moral o ascética. Es cierto que el celibato implica compromiso y renuncia, obligación y dominio de sí. Pero si no se expresa la dimensión carismática, simbólica y estética, si no llega a estimarse como la "perla" preciosa encontrada en el campo, es posible que no llegue a alcanzar y testimoniar su auténtico valor. Por ello, también la crisis estética, junto a la deshumanización y banalización, la anomia moral, la corriente hedonista y narcisista, o la separación de los grandes valores del amor y la procreación, constituye un fuerte condicionamiento para la vida celibataria.

Todos estos fenómenos configuran la atmósfera del actual contexto cultural. En medio de ellos vivimos el celibato; y de tal manera nos vemos implicados que, con frecuencia, los mismos célibes nos preguntarnos si sigue mereciendo la pena y si resulta realmente testimoniante para los hombres y mujeres de nuestro mundo.

ESCOGIDOS PARA UN SERVICIO DE AMOR

La actual crisis del celibato se manifiesta no sólo en el hecho de que sociológicamente haya dejado de ser considerado como valioso y aceptable, de tener que vivirlo en un clima poco propicio o de exaltación de la sexualidad; cuenta también el conocimiento de los numerosos abandonos del compromiso celibatario por parte de sacerdotes, religiosos y religiosas, la publicidad que se da a los escándalos sexuales de las personas consagradas, así como la polémica sobre la vinculación del celibato al ministerio presbiteral. Todo ello está en el fondo de la crisis actual, motiva el interrogarse por su sentido y estimula a la revisión y renovación.

La exhortación apostólica Pastores Babo vobis señala a propósito del consejo evangélico de la virginidad algunas pistas valiosas para su vivencia que, de algún modo, responden también a nuestro interrogante. Dice Juan Pablo II: "En la virginidad y el celibato, la castidad mantiene su significado original, a saber, el de una sexualidad humana vivida como una auténtica manifestación y precioso servicio al amor de comunión y de donación interpersonal (...). El Sínodo solicita que el celibato sea presentado y explicado en su plena riqueza bíblica, teológica y espiritual, como precioso don dado por Dios a su Iglesia y como signo del Reino que no es de este mundo (...). Por tanto, el celibato ha de ser acogido con libre y amorosa decisión que debe ser continuamente renovada" (PDV 29).

De manera muy precisa el texto resalta algunos aspectos que pueden resultar especialmente significativos en la comprensión y vivencia positiva del celibato: el sentido carismático ("don precioso dado por Dios a su Iglesia"), la opción libre ("ha de ser acogido con libre y amorosa decisión") y el amor de comunión y donación. Se trata de aspectos que siempre han sido considerados esenciales, pero que en el actual contexto social recobran una significación decisiva.

Por una parte, quizás, no debería preocuparnos tanto el clima adverso al celibato. Ningún valor del Reino es reconocido y aceptado fácilmente en la cultura actual. Por otra, el celibato abrazado por religiosos y religiosas sirve a una finalidad totalmente diferente del celibato eclesial. Éste es una norma canónica impuesta para provocar una mejor calidad del servicio sacerdotal al pueblo. En la vida religiosa alcanza una dimensión profética: irradia unos valores a la comunidad humana y es una llamada a encarnar el reto y el esfuerzo por vivir en el amor. Se podría decir que la llamada al celibato más que un proyecto y empeño personal es realmente una elección; es decir, más que escoger nosotros el celibato, él nos escoge a nosotros. Lo abrazamos porque somos atraídos por el Espíritu de Jesús hasta el punto de querer identificarnos con su vida. De manera que el celibato no es, ni puede ser nunca, un status social, una forma de vida, un compromiso ético o ascético. Es don de Dios, gracia, donación del amor de Dios, un amor sin límites, y es vocación al amor. El celibato en la vida consagrada no es, pues, huida de una realidad hostil, voluntad o proyecto humano; no es simple renuncia o continencia; no es comodidad o desprecio de la sexualidad; no es motivo práctico de eficacia apostólica. Es un camino de gracia y amor, que viene del Amor y conduce al Amor. Es necesario, por tanto, si nos preguntamos por su sentido, depurarlo de todas las adherencias espúreas que lo empobrecen; y es necesario volver a enraizarlo en los auténticos motivos evangélicos: Cristo y el Reino.

Desde esta perspectiva carismática, la misma cultura actual estimula a vivir el celibato como vocación. A la llamada, la persona ha de responder libremente. ¿Cómo no enfatizar el sentido del celibato como opción libre y la necesidad de vivirlo siempre en una gran libertad? Aceptada, deseada y abrazada

libremente, la virginidad puede significar para los célibes un valor positivo y digno de aprecio. Asegura Rondet que la crisis actual del celibato demuestra que muchos de los que lo abandonan, no lo habían querido realmente. Para ellos representaba simplemente una condición requerida para ser sacerdotes o para entrar en un instituto religioso, cuyo ideal les seducía. Veían entonces el celibato como una especie de contrato, como una renuncia y un peso que había que asumir (Cf. M. RONDET-Y. RAGUIN, El celibato evangélico en un mundo mixto. Sal terrae. Santander 1980, pp. 100-102). Si no constituye la vocación en que ha de realizarse la propia vida, si no es positivamente apreciado, si no es la "perla" escondida, en los momentos de dificultad fácilmente se desmorona.

Finalmente, el actual contexto sexual ha subrayado en la comprensión de la sexualidad su relación al amor, aunque en la práctica, como hemos denunciado, con frecuencia, se establecen separaciones. Este sentido relacional, comunicativo y amoroso de la sexualidad, aporta también un horizonte en la comprensión del celibato evangélico. Algunos proponen incluso cambiar la terminología clásica de este consejo evangélico (castidad, celibato, virginidad), sustituyéndola por la de "voto para la relación" (D. O' M URCHU, Rehacer la vida religiosa. Publicaciones Claretianas, Madrid 2001, pp. 58-59). Detrás está la preocupación por que el voto no denote tanto la renuncia al cuerpo, la sexualidad, la procreación o el placer, y, en cambio, exprese mejor la tarea de crecimiento que lleva hacia una auténtica personalidad y una vida abierta a la relación y al amor.

No es este el momento de valorar tal propuesta. Pero sí parece conveniente fijarse en su afirmación esencial: la consagración virginal es un acto de amor a Cristo, respuesta a la seducción de su amor, un amor inseparable del amor a los hermanos. Por ello, viviendo la castidad consagrada tenemos la ineludible tarea de integrar la propia vida afectiva en la vida celibataria.

Integrar la experiencia humana de ser plenamente sexuados y la experiencia de gracia y de amor que es la virginidad, sigue constituyendo el más grande desafío de la vida celibataria. El reto es siempre actual y se vive en un preciso contexto social. Será necesario romper con una tradición que ha despreciado el cuerpo, ha temido y recelado de la mujer y ha reprimido la sexualidad. Será preciso alentar una mayor sintonía con la cultura contemporánea sin prescindir nunca de la profecía evangélica. Habrá que buscar más la armonía, la belleza, la plenitud, que la renuncia, la obligación y la perfección. Y tendremos que seguir de cerca los movimientos culturales para percibir la densidad de la sexualidad humana no simplemente orientada a la procreación, sino también a la comunicación, la relación y el amor.

Eugenio Alburquerque, sdb

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org/articulo/vivir-el-celibato-evangelico-en-tiempo-de-crisis